

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 20 de Octubre de 1898

Núm. 413



No hay que discutirlo;
la vida es eso, humo
que sale del pitillo.



Con, de, en, por, sobre, tras..

el feminismo.

Sí, señor; eso del feminismo es tan lato que admite las preposiciones que me preceden y aun algunas más:

Con el feminismo están muchos artistas machihembrados, si otros nó aquellos á quien conozco.

Del feminismo, hablan los que no entienden palabra de eso, y no distinguiéndose en el arte, tratan de adquirir *personalidad*.

En el feminismo esperan todas las señoras, y los hombres en quien la naturaleza se equivocó.

Por el feminismo disputan los botaretes de la literatura (también los hay, aunque sea sensible reconocerlo), pero conste que sin llegar nunca á palabras mayores. (Entiéndese por palabras mayores el *box* con que se estropean los ingleses, en la rigurosa acepción del vocablo). Cuando más degeneran en el insulto, como las pláceras, y es por donde dan, precisamente, en ser feministas.

Sobre el feminismo me coloco yo siempre, y eso que supongo que no me estará bien declararlo; pero conste que me valió el sistema, no hace mucho, pelear en duelo contra cierto aspirante á la diputación, que ojalá Dios hubiese ido á las cortes para que en el pecado llevase la penitencia.

Tras el feminismo... tras el feminismo, francamente, no sé lo que existe, y no lo sé, porque respeto hasta la exageración el lapiz rojo de la censura.

No me agrada repetir el hecho de algunos capitanes de buque que tropiezan con los bajíos impuestos en el mapa. Marcados como están, gústame navegar á toda vela, salvando á mi tripulación del naufragio.

Y, finalmente, no me digan las damas que pecho de grosero y no soy galante, pues he saltado el orden académico, olvidándome del *sin*. Yo no entiendo nada, en absoluto, sin el feminismo. Si la Academia faltó, esto es, si no supo prever el caso en que una corporación, no sólo oficial, sinó cortesana diese en los peligros de la descortesía, se debe á dos razones: Una, la edad del conde de Chesdividuales doña Emilia Pardo Bazán, equivocada, sin duda, por el ejemplo de la ilustre, casi olvidada, y nunca suficientemente aplaudida Carolina Coronado que se retiró á Cinta, y no hizo bien en apartarse de la lucha.

Añadiré que ir *contra* el feminismo es ir contra los propios intereses, y que si peligran los derechos individuales del hombre se debe, claro está, á que contra la mujer fueron cuantos varones han sido desde que el mundo es mundo, ora con Eva, ya antes, mucho antes de que la serpiente imaginara el medio, ¡oh, ilustres simbólicos! de triunfar de la raza.

Yo no, ténganlo en cuenta, señoras y mujeres mías, yo no voy contra quien en lo presente ayuda á conllevar la carga de la vida al titulado rey de la creación. Y tanto es así, que me burlo de esa realeza y digo que está en las propias y ridículas circunstancias del pretendiente, el hombre que se prevalga de títulos que manifiestamente desautorizó la fuerza real.

Contra el feminismo sólo están los que por el feminismo luchan, y como yo ni en mis manifestaciones físicas, ni en mis manifestaciones intelectuales, me hallo reñido con mi carácter varonil, declaro una vez más que sobre el feminismo me coloco.

Aunque me señalen con el dedo los timoratos y salgan «las alegres comadres» vociferando contra mi humilde individualidad.

Cónsteles á tan ilustres ciudadanas que es mucho más noble mi conducta.

Porque si las dichas quieren *abolir* al hombre, según vimos en los apuntes que tomé cuando su borrascosa sesión de carnaval, publicados en este periódico, en cambio yo no quiero que las señoras se *abuelan*.

Nó, nó; tan pronto como se las ve, en tan alta categoría se *apergaminan*, se ponen insufribles.

Por tanto, repito, bien está que nos abulan, pero es ciertamente un error en que incurre mamá naturalera *abuelándolas*.

Digan lo que quieran cuantos estén contra el feminismo, ayúdenles si gustan los que con él se hallen conformes, la época va bien dada para el sexo delicado y deleitoso, como dice hablando de la más dulce mitad del género un poeta que imita á Grilo (y que Dios y las señoras de la nobleza mediante, y andando el tiempo, será tan ilustre como su señoría) y van también, de consiguiente, los tiempos mal dados para el elemento hombruno.

Han caído en desgracia los impulsos varoniles.

El otro día oí á una señora quejarse amargamente de hechos y de disposiciones que han meditado los más agudos filósofos y los más grandes políticos en silenciosa y cómoda actitud.—«No es cosa de remiendo, sinó de zurcido», terminó con notable entereza, y yo pensé inmediatamente: «¡tate! eso está muy bien imaginado; siendo cosa de zurcir, me explico que tan mal remienden hombres como Sagasta, Silvela, Salmerón, y demás *eses* y *pes* de la política; porque á todos ellos se les adiestró en la ciencia del derecho, pero no en el arte de zurcir: ellos asistieron á cátedra, pero nó á costura».

Consecuencia inmediata é indiscutible de esto es que como el *feminismo* se impone, será indispensable que dispongamos lo siguiente: «niños y niñas cursarán la primera enseñanza en colegios á propósito»; es decir, en colegios donde no se enseñe la división política de España, cosa que á mí me explicaban á los siete años, y cosa que ignoran—estoy seguro—muchos Romero-Robledos de la *mal* llamada *ciencia económica*; y á renglón seguido, «se entiende, para los efectos del legislador, que los colegios á propósito, son aquellos en que los hombres aprendan todas las labores de las mujeres, antes que sobrevenga el momento psicológico-crítico de su edad».

Sí, sí; en lo porvenir como el progreso lleve (á lo menos en lo que concierne á nuestro país) la misma marcha, se impone el *zurcido* y no el *remiendo*; esta forma que usan comúnmente los mal llamados estadistas de nuestra patria, (Cánovas inclusive, y Dios le perdone, que mucho que perdonar tiene—no soy hipócrita—y Dios le perdone, digo) es la que no está en condiciones para regenerarnos.

Nó; es indudable que no se trata de remendar; y lo que está ocurriendo con Filipinas parece, desde luego, prueba irrecusable de lo que digo, y conste en último término que me trago á Cuba, aunque me llamen mal patriota, como se la han tragado los yankees (eso sí, no á la manera de los glotonos, pues adquirida la ciencia que poseen, temerosos están de sufrir *empacho*, ó indigestión) no se trata de remendar, y ustedes perdonen, pero estos conceptos, no por muy repetidos son más bien aplicados en la práctica, sinó que se trata de una de las más grandes, elevadas é inteligentes concepciones del arte mujeril.

¿Creerán muchos que todo se reduce á tener paciencia durante algunos años en el colegio?

Pues se equivocan. No todas las niñas que han pasado su tiempo en la escuela saben zurcir. Muchas han aprendido á bordar, pero á zurcir nó. Se trata de un arte; de un verdadero arte: de un arte tan excelso, que como afirma la noble dama de mi cuento, de su experiencia ó sea de la práctica del arte en cuestión depende la salvación de la patria.

Estoy conforme: remendar es cosa que pertenece á los maestros de obra prima, y como yo ya cuento con la protesta de Sagasta, claro está que si los hombres son impoten-



La Saeta

tes, á las mujeres de la resolución del problema.
Todo consistirá en que la última prueba resulte prueba horrible.
Pero entonces, es indudable que siempre resulta á mi favor el haber neutralizado mis impulsos.
No voy contra los que por el feminismo ni en el feminismo alientan.
Censuro á los contrarios, que no saben ser prácticos, en cosa de tamaña transcendencia.
Y me coloco, en fin, siempre sobre.
Y lo creo, siempre sobre, aunque el feminismo fracase.
Pues si fracasa, no lo espero, sobre el feminismo estaré.

CLAK



Piacidéz otoñal.

Tres cartas

I

¡Qué no has amado nunca. Yo tampoco.
Es la primera vez, ídolo mío,
que siento palpar dentro del pecho
el amor juguetón, puro y sencillo.
No te importe aceptar mis relaciones,
en ello no hay peligro.
¡Si vieras, además, cuantos encantos
halla el alma en lo que es desconocido!

II

No entiendo tus reproches ni tu enojo.
Si los dos nos amamos con delirio;
si las almas están juntas y unidas
por lazos que anudó nuestro cariño,
¿qué encuentras en mis súplicas de innoble?
¿qué de vil? ¿qué de indigno?
¿No ves, por lo contrario, que resulta
tanto amar así, *en seco*, ya un fastidio?

Y además ¡si supieras cuantos goces
halla el alma en lo que es desconocido!

III

¿Qué me he vuelto, me dices? ¿Qué soy otro?
No lo creas mujer. Yo soy el mismo,
el de siempre. Lo que hay, es que empezamos
á correr á la vez igual camino,
y mientras tú prosigues explorando
del amor el ignoto laberinto
yo he logrado salir por un atajo
y hoy piso ya en terreno conocido.
¿Que sufres y que lloras? ¡Pobrecilla!
Te digo que es la vida un jeroglífico.
Y ¿quién iba á pensar que el alma hallara
pesares en lo que es desconocido?

Post data: Y que te conste
que esta es la última carta que te escribo.

FLORENCIO BELLO SANJUAN



Fantasia de los juegos malabares.

La noche de mis bodas

Al fin nos quedamos solos.

La noche era plácida. Por el balcón abierto contemplábamos en silencio la luna, recibiendo en nuestras ardorosas frentes las caricias de un suave y perfumado vientecillo.

Mirábamos al cielo, para no mirarnos.

Nuestras almas inquietas preveían lo que aquella noche había de pasar entre nosotros, y aunque lo deseábamos ardientemente, por uno de esos extraños fenómenos del alma, nos producía pesar el que hubiera de ocurrir *aquello* que ya considerábamos inevitable.

Ella temía aquella íntima iniciación, contra la que estaba desfavorablemente prevenida por ridículo romanticismo; y yo porque tenía la evidencia de que aquella deliciosa é impalpable imagen contemplada tantas veces en los arrullos de un sueño feliz, había de convertirse en los brazos, en tosca y grosera estatua de barro.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de mi voluntad.

Lo quería el silencio que nos rodeaba; la soledad en que nos hallábamos; la apacibilidad de la noche; la materia, en fin, que se sentía brutalmente arrastrada por la incitante hermosura de aquella mujer que fué durante tanto tiempo el encanto de mis sueños de adolescente...

Al pálido reflejo de la luna que á medias la iluminaba, envolviéndola en fantástico claro



— ¡Si llega á sospechar el señorito que estaba yo limpiando las telarañas dentro del armario!

oscuro, parecía [algo así como una de esas deliciosas evocaciones de febriles fantasías...

Maquinalmente me senté á su lado.

Al sentir el tibio calorillo de sus carnes, un estremecimiento que participaba de la corriente eléctrica puso en movimiento mis nervios.

— ¡Elena! — murmuré á su oído muy bajito, tanto, que más que mi voz, debió parecerla un eco traído por el viento.

Volvió lentamente la cabeza y clavó al fin sus grandes ojos negros en los míos. Nuestras manos se encontraron y se estrecharon.

Sentí en mi frente y en mis ojos el suave rozar de sus negros y rizados cabellos.

Mi boca buscó con ansia la suya.

— ¿Me amas? — la pregunté, más por concupiscencia, que por adquirir la seguridad de su afecto.

Un beso, uno de esos deliciosos besos de virgen, fué su contestación.

Por un instante, mis ojos se recrearon en la contemplación de aquellas carnes que se estremecían al contacto de mis manos.

Nuestras bocas se deshacían una contra otra, y nuestros cuerpos y nuestras manos se estrujaban.

Nos hubiéramos comido.

Las ridículas supersticiones que sostienen la virtud en la mujer habían desaparecido; ese temor instintivo que detiene sus impulsos amorosos ya no existía, y el deseo irritábase tanto más cuanto más retardaba el instante de satisfacerle...

Un instante de perplejidad; después, mis manos torpe y temblorosamente comenzaron a quitar lazos, cintas, nudos, broches, alfileres, arrancando de un solo tirón el ramo de azahar que simbolizó ante el mundo su inmaculada pureza.

Sus carnes blancas y rosadas como las mejillas de una niña rubia, iban apareciendo poco a poco, devorándolas mis ojos y mis labios.

De pronto, desprendióse de mis brazos huyendo a la alcoba y desapareciendo rápida en las blanquísimas ropas del lecho.

Llegué a mi vez; dulces caricias llenaron la silenciosa estancia de deliciosos rumores; un instante de felicidad infinita, después... lo de siempre, cansancio, desilusión, repugnancia y un desengaño más para el alma.

Tal fué la noche con que yo había soñado tantas veces.

¡Desdichados de aquellos que llevan a la realidad las felicidades del sueño!

ROGELIO MAESTRE



— Allí está y con ella. ¡Y cómo envidio a las verduleras en este momento!

—¿Gañon?

—¿Monsieur?

Y entreabriendo la puerta del cuarto, Gabriel alargó un papel al camarero, que, detenido en el pasillo y frente á la puerta, esperaba alguna orden; y fué dada; la de llevar en seguida aquel telegrama con respuesta pagada — *¿vous comprenez?* y avisarle tan pronto como ésta llegara.

El cuarto que Gabriel ocupaba, era como todos los del tercer piso en el *Grand-Hôtel*, una hermosa y ventilada habitación, muy blanca, revestida de papel azul claro, casi gris, con gran ventana, *sur le boulevard*, amueblada con descuido y faltándole los detalles íntimos. Próxima á la puerta y ocupando casi todo el lado derecho, la cama, una gran cama de limoncillo, con colcha de *satín* azul y grandes almohadas; inmediata la mesilla de noche, y en el resto del cuarto, lavabo, un armario de luna, un *buró* y dos ó tres sillas. Dos baules, una maleta y sacos de viaje, completaban el cuadro, con algunas ropas de mujer y de hombre diseminadas por sillas y percheros.

Gabriel, se había llevado á Niza á la Lola, y allí se encontraba, acostada todavía, dejando adivinar sus formas de rubia espléndida, con los desnudos brazos fuera de las sábanas y completamente despeinada.

Al abandonar precipitadamente Madrid, él creyó que aquella muchacha le serviría de entretenimiento, le haría olvidar sus penas y que *la mancha de una mora con otra verde se quitaría*.

—¿Sabes chiquilla? Antes de las dos, tendré la contestación. Veremos si ese judío se enternece, porque te juro, que con otra tarde que el casino me trate como ayer, tendremos que volvernos á pie.

Ella no contestó ¿qué sabía de esas cosas? Nunca entendió de dinero y ahora mucho menos. Al principio de su vida, cuando vivía con el jornal de su padre y con lo que ella y su madre ganaban cosiendo para el *corte*, no manejaba dinero y después, cuando se quedó sola y empezó su vida errante, siempre tuvo á su lado una *Celestina* con encargo de administrar lo que ella con su cuerpo ganaba; el dinero venía á sus manos sin averiguar de donde procedía, ni sabía á donde iba á parar: le bastaba con satisfacer sus caprichos, siempre plebeyos, pero caprichos al fin y al cabo.

Cuando Gabriel le propuso que le acompañara en su viaje, aceptó: le era indiferente estar allí como en otra parte; después, él habló de dinero, de pérdidas en Monte-Carlo, de peticiones á Madrid ¡bah! ella sabía que comer y casa no había de faltarle, pues cuando Gabriel no tuviera, siempre habría algún francés que le remplazase; así como así...

Mientras él leía un periódico, Lola empezó á vestirse: en otra ocasión no hubiera permanecido Gabriel tan indiferente á los encantos que ella mostraba, ni á las *monerías íntimas* de la ropa, pero ahora, era diferente: se hallaba preocupado, veía su vida y la encontraba afrentosa; sólo dedicado al placer, no tenía ni una afección moral, veíase sin familia, sin amigos y siendo amado tan sólo de aquéllas que lo tienen por oficio. Era atroz ¡oh sí! debía cambiar, regenerarse, y adoptar otro género de vida, más saludable á su cuerpo y á su alma.

—Oye, dijo Lola, — mientras se ajustaba un coquetón corsé de raso heliotropo, — debíamos almorzar hoy en Monte-Carlo, hay concierto.

Era la ocupación de todas las tardes, pasarlas en el casino de Monte-Carlo, alrededor de la mesa de juego. El, febril, anhelante, sufriendo con las peripecias del juego, y ella jugando también, por entretenerse, al par que coqueteando con los ingleses y rusos que por allí pululan y aceptando convites á espaldas de Gabriel.

—Tenemos que esperar la respuesta al telegrama.

—Es verdad.

Callaron. Ella estaba recogiendo el pelo frente al espejo, con los brazos subidos en alto, y haciendo de esta manera resaltar fuertemente sus pechos, y destacarse la amplísima curva de sus caderas de hembra potente y ruda; él había dejado de leer y la contemplaba. ¿Si fuera capaz de comprenderle?

—¿Te aburres aquí?

—¿Yo? ¡qué tontería! lo paso bien.

—Te acordarás de Madrid.

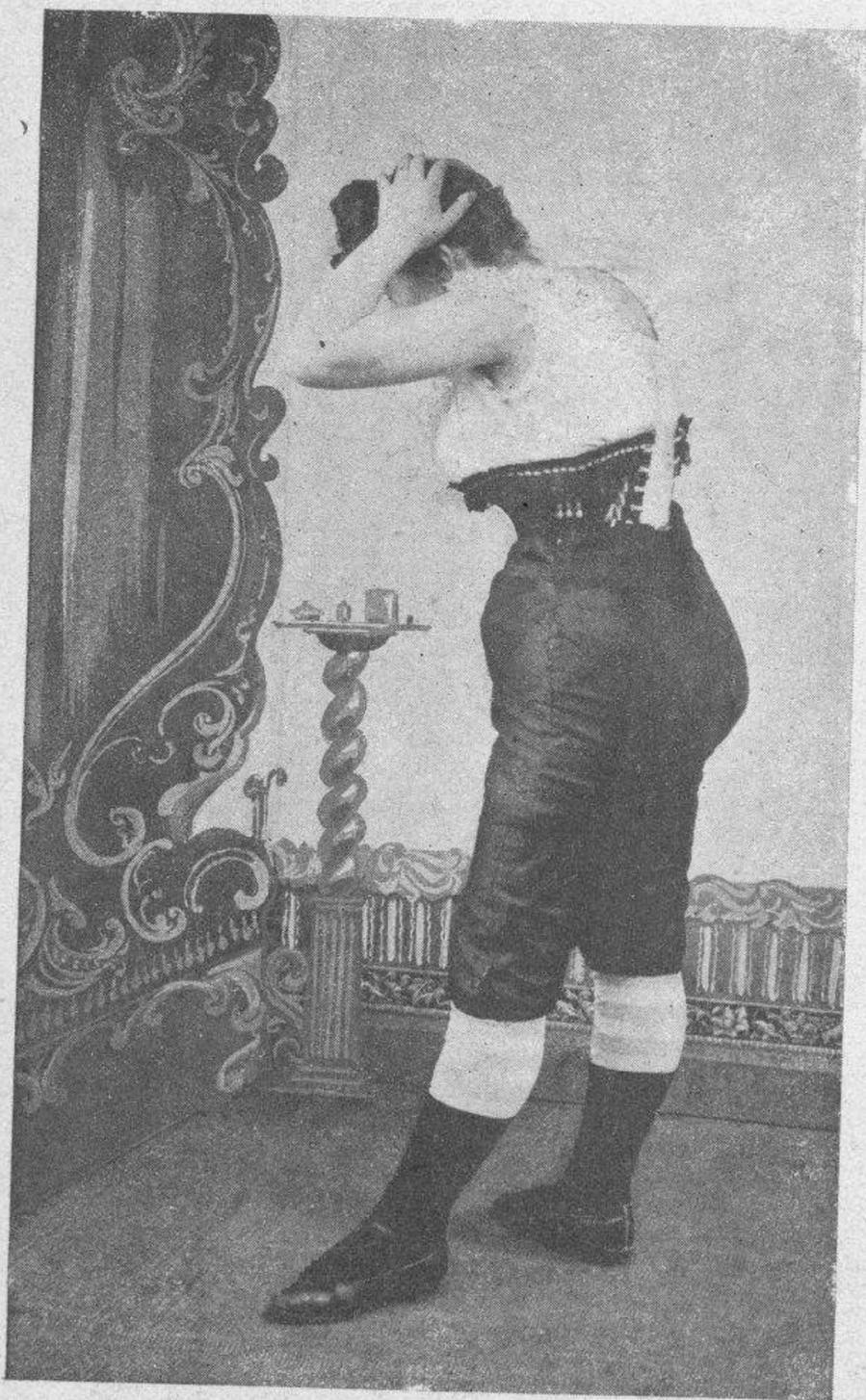
—Claro que me acuerdo, pero no tengo interés en estar allí ¿para qué?

—Pues ¿y Manolo?

—Quita, chico, aquello acabó, era un *perdis*.

—Tú le querías.

—Sí, pero era un *charrán* y lo que es ahora, no le perdono. Ya ves, me dijo que



Lola empezó á vestirse ..

estaba apurado de dinero y le di los pendientes para que los empeñara y luego era para gastárselo con la Palitos, ya ves, esa vieja asquerosa. porque créeme, es muy vieja.
Nó, decididamente él no la diría nada, no había de entenderle.

II

Acababan de almorzar cuando el camarero entregó un telegrama á Gabriel. Era la esperada respuesta ¡y ojalá no hubiera llegado! negativa redonda.

Con rabia estrujó el telegrama y lo tiró debajo de la mesa. Siguió comiendo y reflexionando sobre su situación; si perdía aquella tarde, al día siguiente emprendería el viaje de regreso á España y se sometería á las circunstancias.

En el corto trayecto de Niza á Monte-Carlo, intentó Gabriel hacer hablar á Lola; en medio de todo ella le era adicta, y si cariño no podía pedirle, adhesión si le había demostrado en varias ocasiones.

—Oye chiquilla ¿tú crees en el amor?

—Anda, qué salida, pues ya lo creo ¿no te veo á tí, y á tantos otros, buscarme, solicitarme y no sólo á mí, sinó á muchas más?

—No es eso mujer, no es de ese amor del que te hablo.

—¿De cuál? ¡Ah, sí! Por lo *fino*, platónico, como decís vosotros, ¡valiente tontería! ¿para qué es eso?

—¿No crees que alguna persona pueda acercarse á tí, sin que sean los encantos de tu cuerpo los que solicite?

—Yo nó, no me tenéis acostumbrada á otra cosa.

Era verdad ¡triste verdad! aquella criatura estaba hecha por ellos y para ellos, sólo habían instigado sus apetitos carnales: ¿qué podía esperarse?

III

La tarde fué desastrosa, los billetes de banco y los *luis* desaparecieron del bolsillo de Gabriel. Terriblemente contrariado emprendió el viaje de regreso por la noche.

Estaba decidido, al día siguiente á Madrid, y allí ya se vería; tal vez las circunstancias hiciera que se regenerara, y al salvarse del lodazal en que estaba metido, saliera limpio de cuerpo y alma y hasta arrancando al vicio otro cuerpo: el de Lola. Sí, veía en ella tendencias al bien y hacia una vida nueva, estaba seguro de ello, lo veía.

—¿Cambiarías tú de vida? le dijo de pronto.

—Ya lo creo, en eso mismo estaba pensando.

No se había equivocado, también ella sentía anhelos hacia la vida honrada.

—He perdido el dinero y me voy á Madrid, es decir, nos vamos.

—¿A Madrid? Pues chico, no dejes de escribirme y que lleves buen viaje.

—Pues qué, ¿no vienes?

—¿Yo para qué? ¿No te he dicho que cambiaba? Puesto que ya no me necesitas, cuando te vayas iré á buscar á *mi* ruso, porque chico, tengo en proyecto un ruso. Eso sí, no te he faltado todavía, pero ahora ya es distinto, y si vieras..... ¡me ha prometido tantas cosas! Va á ser divertido.

—¿Y te vas con él sin pena?

—¿Pena por qué? Si es muy rico, ya verás...

Gabriel calló. Imposible, hay almas que no pueden regenerarse, porque no es que han caído en el lodo, sinó que están formadas de él mismo.



-- Tengo en proyecto un ruso...



Entre damas

—Te voy á contar una historia: una historia ligera y sentida que te ha de conmovir deleitándote. Probablemente no habrás oído otra tan delicada y llena de belleza. Tú, que sabes sentir y eres intelectual, has de comprenderme.

—Habla, habla. Ardo en deseos de oírte.

—Pues verás... Pero antes bebamos; brindemos por nuestro triunfo. Este vinillo, suave como el terciopelo, nos dará fuerzas; sentiremos con más intensidad: cuando los vapores envuelvan nuestro cerebro, llegará mejor á ti mi relato y yo relataré mejor... Estoy bajo una impresión demasiado fuerte, atontada, obsesa... necesito beber.

—Pues, á tu salud.

—A la tuya... Mira: no sé qué fuerza mágica tiene el vino, que es lo único capaz de endulzar mis amarguras.

—¡Delicioso néctar!

—Y tan delicioso. De los dioses antiguos, Baco es mi predilecto. (*Escanciando.*) Fíjate, fíjate bien: ruido de alegres risas hace el licor al caer en la copa... Mira la espuma blanca como se deshace rápidamente. Estas burbujitas son ideas que pasan con la prontitud de los antojos.

—Que se desvirtúa. (*Bebe.*)

—(*Bebiendo también.*) Envidio á Horacio: «Ven, te daré á probar vino del tiempo de los dioses»,

les decía á sus amigos. ¡Qué bueno debía ser aquel zumo! El gran poeta habla de sus toneles de lo añejo con tal cariño, que no parece sino que no había otra cosa mejor en el mundo... Imitemos á Horacio; cantemos á este licor que, aunque no es del tiempo de los dioses, es ya respetable y deben haberle salido canas.

—Vaya por Horacio.

—El gran Alejandro tenía siempre la copa de oro llena de Chipre; Nerón frecuentaba la taberna; nosotras debemos imitarles: les imitaremos. Me oírás cantar luego al vino y mis canciones serán tan dulces como las de los mejores poetas... Llena otra vez el vaso; bebamos hasta quedar adormecidas... romperemos al despertar las cadenas que nos aprisionan; seremos libres como la inspiración: nosotras podemos llegar á ser inmortales como los dioses...

—Pero ¿y la historia?

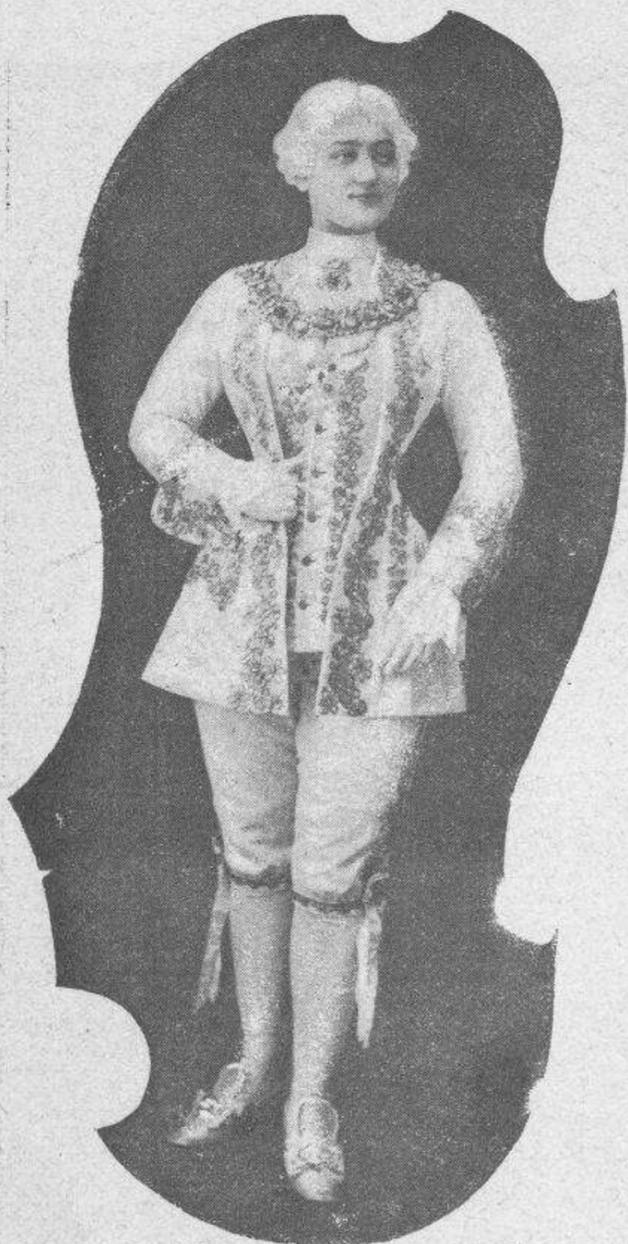
—Es verdad, te lo había prometido... Es una historia sencilla, tierna y delicada que te ha de conmovir deleitándote... Tú, que sabes sentir y eres intelectual, podrás comprenderme... Pero brindemos á la memoria de Horacio. No tenemos el vino de los dioses, ni la copa de oro de Alejandro... Llenemos los vasos: nuestro licor es tan respetable que deben haberle salido canas.

RUILOP



Después del aplauso.

La activa por pasiva (1).



Encontrándome hace algunos meses en Madrid, no quise desperdiciar la ocasión que se me deparaba de celebrar una *interview* con la señora doña Teofrasta de Zimbora, la jefe eminente del gran partido conservador-liberal-feminista, cuya subida al poder es cuestión ya de pocas semanas, dado el sesgo que toman los acontecimientos. A dicho efecto me presenté una mañana en la casa número 555 de la calle de Jacometrezo, en donde ocupa la distinguida mujer pública un elegante cuarto principal.

Abrióme la puerta una camarera, que á mi pregunta «¿está visible doña Teofrasta?», contestóme:

—La señora ha salido.

—Lo siento. ¿Podría usted decirme á qué hora...?

—No sé; si quiere usted pasar adelante, la señora secretaria podrá enterarle á usted.

Introdújome la fámula en un despacho suntuosamente amueblado, en donde lo primero que se ofreció á mi vista fué una real moza, de busto escultórico y hermosas facciones, sentada en una poltrona, tras una mesa ministro, platicando alegremente con un caballero arropado en una bata escocesa.

Al verme, la secretaria recobró su gravedad para preguntarme con tono... oficinesco lo que se me ofrecía.

—Pues desearía hablar á doña Teofrasta, y como me han dicho que había salido, agradecería saber á qué hora me será permitido verla.

—¡Hum!... Lo veo difícil... por hoy cuando menos. En estos momentos está informando ante el Supremo. Al salir del informe asistirá á una junta de las minorías parlamentarias que durará hasta las seis ó las siete. Luego come en casa de la presidenta del Tribunal Contencioso. Nó, lo que es hoy será imposible: vuelva usted mañana.

Disponíame á marcharme cuando el caballero de la bata escocesa, en cuyas facciones no me había fijado, me dijo tendiéndome la diestra:

—Sí, chico; vuelve mañana y tendré el gusto de presentarte á mi mujer.

—¡Cómo!... ¿Eres tú, Ricardito?... — exclamé estupefacto y reconociendo, tras medio minuto de indecisión, á uno de mis antiguos condiscípulos del primer año de Universidad.

—El mismo que viste y calza: ¿quieres venir á mi cuarto?... charlaremos un rato. Con permiso de usted, Rosita...

Contestó la hermosa joven á mi saludo con una sonrisa protectora, y seguí á Ricardito, que me hizo entrar en un saloncito muy mono.

—¿Con que tú eres el feliz esposo de la ilustre doña Teofrasta de Zimbora? — pregunté así que nos hubimos sentado.

—Hace ya cinco años y medio: ¿lo ignorabas?

—Completamente. Y aprovecho, aunque sea algo tarde, la ocasión que se me presenta de felicitarte. Veo que el matrimonio te prueba admirablemente. Estás fresco como una rosa, rollizo como unas mantecas, rejuvenecido... ¿Sabes que nadie te echaría más de treinta años?...

—Tengo, sin embargo, treinta y ocho cumplidos; pero verás... la existencia tranquila, comodona que llevo, exenta de cuidados y de preocupaciones, es la más á propósito para conservar á un hombre.

—¿A qué te dedicas, pues?

—¿Yo? — exclamó el bizarro Ricardo mirándome con sorpresa. — Pues á nada; es decir, me dedico á ser un buen amo de casa; á tener un interior doméstico agradable, bien gobernado.

—¡Ah!... ¿y tu mujer?...

—¿Mi mujer?... Pues mi mujer trabaja; no puedes figurarte la labor inmensa que sobrelleva esa chica: es célebre, rica, está destinada á un porvenir más brillante todavía, pero todo esto no se consigue sin un trabajo incesante. En estas condiciones, ya comprenderás que sólo el hombre, el marido puede ocuparse de las interioridades de la casa.

—Lo comprendo. Y dime: ¿es joven tu esposa?... ¿es guapa?...

—¿Joven?... según y cómo se entienda: me lleva sólo seis años; tiene ahora cuarenta y cuatro, pero se le darían algunos más, porque, claro, ¡ha trabajado y trabaja tanto la pobre...! El cansancio cerebral contribuye á envejecer. Cuanto á guapa, nó, no lo es: antes era regularcita, pero de un tiempo á esta parte ha perdido bastante.

—¿Y cómo fué que te casaste con ella?

—Te diré... Yo, como tú te acordarás, era de buena familia, pero poco acomodada, y cuando murió mi padre me encontré sin más bienes que mi buen físico, mi distinción natural, algunos centenares de duros ahorrados penosamente por papá y... muy pocas ganas de trabajar. Teofrasta, que se había ya conquistado una celebridad política y financiera y una fortuna envidiable, me vió en el teatro, se prendó de mí y me hizo ofrecer su mano. Estuve indeciso algún tiempo, pero concluí por aceptar, echándome la cuenta de que no todos los días llueven gangas. Y la verdad, no me arrepiento, pues Teofrasta y yo nos hacemos felices mutuamente.

Volví á felicitar nuevamente á mi antiguo compañero, y tras una hora de plática me despedí, prometiendo volver al otro día para ser presentado á su eminente consorte.

Volví en efecto; reconocíme la criada que me dijo sonriendo que podía pasar adelante; entréme de rondón en el despacho, y como mis pasos no hacían el menor ruido sobre la mullida alfombra, fui, sin quererlo, testigo de una escena íntima sobre cuyos antecedentes no había juzgado Ricardito hacerme la menor confidencia.

Sentados sobre una marquesita, mi amigo y la linda secretaria se besuqueaban escandalosamente. Retrocedí dos pasos, llamé con los nudillos sobre la puerta para dar tiempo y dije mentalmente:

—¡Pobre doña Teofrasta!

JUAN BUSCON

(1) Este artículo no debía haberse publicado hasta fines del año 1903; pero hemos creído que nuestros lectores no llevarían á mal ese pequeño anticipo.

Vencemos

Nada, señores. hay que rendirse á la evidencia.

Ustedes han precipitado los acontecimientos, y por más que digan, las riendas se les escapan de entre las manos. Dentro de poco será inútil que se opongan á la irrupción de las mujeres en todos los círculos de la iniciativa humana.

Vencemos nosotras: ¡hurra!

Mucho nos ha costado conseguir, no la emancipación, pero sí el derecho á que se nos reconozca la beligerancia.

Fué labor de siglos. Desde que se nos negó, en los comienzos del cristianismo que tuviéramos un alma, hasta la época presente, en que hemos probado nosotras que no hay en nuestro ánimo ni en nuestro espíritu, (desde las energías varoniles hasta las más elevadas síntesis de las abstracciones intelectuales) cosa, asunto, sér, fuerza, que nos subdivida moralmente en el orden de sexos, desde entonces, trastornaron revoluciones etnológicas y sociales al mundo y desaguó mucha agua de los ríos en el mar.

¿Con qué derecho, en qué doctrina fundados, de qué moral impuestos, proclamaréis en lo sucesivo que el alma de la mujer es hembra como lo es su cuerpo? ¿No habéis visto con los ojos claros de la inteligencia que hay muchos rasgos varoniles en nuestro espíritu?

Hemos sido héroes en la lucha; hemos sido santas en el hogar; hemos sido inteligentes en la cátedra y en el libro; y si hemos sido malas hasta los últimos grados de aberración de la naturaleza, culpaos, hombres; porque nuestra maldad no es más que reflejo de la maldad vuestra, y nuestra abyección no vino más que de la concupiscencia que alimentan vuestros apetitos carnales.

Pero los tiempos son otros. Nos habéis dejado asomar las cabezas por la puerta del progreso, y en breve lucirá majestuosamente el busto de la mujer como faro de lo porvenir.

¡Y que rabie el enemigo!

LAS ALEGRES COMADRES



¡Vaya, si vencemos!



A cada paso vemos que por grande que sea nuestra rebeldía contra las hembras, resulta imposible oponerse á sus instintos de dominación.

Empieza nuestra servidumbre siendo jóvenes y acaba en la edad proveyta, cuando ya nos es imposible dar un paso más firme que otro.

¿Qué hace el hombre lleno de juventud, fuerte, sinó rendirse á la coquetería de la mujer?

Hasta se pone ridículo estropeando su carátula con cuellos de doble cubo, con monóculos y otras adherencias por el estilo.

Ve á la dama, así pintiparrado, y la flecha; y ahí empieza ya el juego.

La señorita transige con las conveniencias sociales, y ahoga el delicado instinto que posee contra la fealdad.

No protesta de lo horrible, sinó que lo explota en su favor.

Sabe perfectamente que le será permitido luego desenvolver todo un plan de venganza, haciendo que el monstruo pague caro el atrevimiento de erigirse en dueño y señor...

Vencido el tirano poco á poco se convierte en manso cordero, y menos mal cuando la esclava no pasa á mayores y se contenta con hacer sufrir al prójimo el peso de su autoridad.

Los años, que no pasan en balde, ayudan también á esa labor de dominio.

Los años agotan las energías viriles del hombre, pero endurecen en cambio las resistencias de la mujer.

Cuanto más jamona, más fuerte se halla para imponer su omnimoda voluntad.

Y de tal modo despliega su arte, que el señor y amo se acostumbra á la obediencia insensiblemente, apoyándose en la cómoda costumbre de verse dirigido como se apoya en su báculo el viejo.

¿Y bien miradas las cosas, señores, que más da que triunfen ó no en su tiranía? ¿Que vencen? Mejor. No hay como ver en qué quedan todos los arrebatos y todas las pasiones de la juventud. El y ella dan en viejos y tienen que apoyarse mutuamente.

En cambio, si triunfan nos evitarán las incomodidades propias de un señorío que no es efectivo nunca, seriamente hablando, sinó nominal.

Créanlo ustedes, no vale la pena de resistirse.

Sí, señor, sí; estoy muy conforme; las hembras vencerán á los hombres.

Tan conforme estoy, que sin ningún género de sacrificio declaro que las hembras, no sólo nos vencerán, sinó que nos vencieron en todas las edades.

¿Los feministas creen haber dicho la última palabra psicológica?

Pues nó.

Dalila venció á Sansón.

Rebeca á Joseph.

Cleopatra á Marco Antonio.

A Herodes Herodia.

Y así sucesivamente, porque en cuestión de citas, seríame preciso hablar de tantas mujeres cuantas existen y han existido en todo el haz de la tierra.

Desde que el mundo es mundo la mujer ha vencido siempre al hombre.

Me dirán ustedes que José triunfó de la añagaza de Putifar.

Y á renglón seguido no extrañaré que me digan que hay muchas Putifares por esos mundos de Dios.

Naturalmente; como que hay muchas más mujeres que hombres, según la estadística.

Nada de extraño tiene, pues, que los *Josefes* dejen su capa en brazos de las *Putifares*, porque si otra cosa no hicieren, ayúdeme usted á sentir.

Sería imposible vencer de las contrariedades de la seducción, de la misma manera que es imposible quebrantar el equilibrio de la naturaleza.

Después de todo, eso es cuestión de puntillo quisquilloso.



RICARDO CASTELLVET

OCTUBRE



Alegoría.

Una mujer.

Entre el Director y mi persona, por teléfono.

—Mándame lo que se te ocurra hablando del feminismo.

—No se me ocurre nada.

—Es forzoso, á las tres las cuartillas.

—Sigues tan déspota. El caso es que maldito si entiendo palabra de lo que propones. ¿Se trata de requebrar á las mujeres? En ese caso para mí es preferible echarles de viva voz los requiebros, cuando las veo delante de mis ojos y puedo deleitarme en la contemplación de su busto airoso, gallardo, dulce; entonces sucede que, como se les regala los oídos, recibe uno el cambio de la moneda con sonrisas.

—Bueno, pues, guarda las galanterías para esa ocasión y escribe el artículo.

—¡Dale bola! ¿Te acuerdas de Ricardo Lobo?

—Sí, hombre; por cierto que me extraña no haberle visto desde Julio.

—Calla, si es una historia... A la noche comemos en el Lyon d'or. ¿Por qué no te vienes tú?

—Pero esas cuartillas...

—Verás; estuvo hasta primeros de Septiembre en un balneario y allí conoció á Mariquita Roser. Se vieron y simpatizaron, y con la simpatía, avivóse el trato, y con el trato galante y afectuoso, el buen Ricardito cometió la tontería que cometemos todos los hombres cuando nos salta al paso una mujer hermosa: se enamoró. Te aseguro que la muchacha vale la pena.

—¿La conoces tú?

—Efectivamente, la he visto y en circunstancias en que se ha revelado abiertamente su alma de mujer: es curioso.

—Pues escribe eso y mándamelo.

—¡Será hacer traición á Lobo!

—No importa; el regente



espera, los cajistas devoran mucho: es la ley de la vida; á él le toca y no admito excusas, échame toda la responsabilidad.

Queda cortada la comunicación.

Entre Ricardo y yo, quince días atrás. La escena en la calle.

Yo. — Adiós, hombre, ¿cómo te probaron las aguas?

Ricardo. — Así, así, amigo.

Yo. — Noto que estás desmejorado, triste.

Ricardo. — Sobran motivos. ¿No te hablé en una de mis cartas de Mariquita?

Yo. — Demonio, sí, ahora recuerdo... ¿á que te enamoraste como un estúpido?

Ricardo. — Tú lo has dicho.

Yo. — ¡Pobre Ricardo! Y tropezarias, claro, lo de siempre, tropezarias con el barro, con la nieve, con...

Ricardo. — ¡Ay! Las mujeres no son perversas si nó porque así las forja nuestro egoísmo; no son estatuas frías.

Yo. — Pues, chico, no entiendo entonces tu dolor.

Ricardo. — Mariquita se enamoró también de mí. Empezó la cosa como empiezan todas: por un sueño agradable y dulce; por un abandono infantil de todas las fuerzas que se nos pone en el alma para resistir á la tentación. En el balneario se aburre uno cuando no procura divertirse, y como la cortesía es gran elemento para acercar á dos seres extraños, pronto dimos en los extremos de las más nobles, pero peligrosas confianzas. Un día noté yo que me había enamorado; otro, que no podía callarme el descubrimiento.

Yo. — Y hubo declaración con todas las reglas románticas al uso.

Ricardo. — Le dije que la amaba, mientras estábamos tomando el té. En el saloncillo había varias personas, pero ella se hallaba tan cerca de mí, que sólo á sus oídos llegaron mis frases amorosas.

Yo. — ¿Y te diría...?

Ricardo. — Nada. Noté que se le encendía el rostro. Exhaló un grito como si acabase de sufrir la herida de un aguijón, volcó la taza, que llevaba á los labios, sobre su vestido y echó á correr.

— ¿Qué ha pasado?

gritaron algunos. —

No sé, repuse haciendo esfuerzos horribles por disimular y mirando en el suelo como si buscase la

causa de aquel arrebato incomprensible. Cuando una de las señoras se disponía á ir en demanda de la fugitiva, reapareció la po-

bre, pálida, pero sonriente y mostrando un dedo que oprimía con furia.

Yo. — No hay que



darle vueltas; las mujeres son artistas consumadas en el arte de fingir.

Ricardo. — Esta de que te hablo tiene un alma tal, que no cae en las mezquinas preocupaciones de la existencia. Dijo que sintió un pinchazo, una mordedura, y que no supo reprimir el susto, miedo más bien. Me fué imposible de momento salir de la horrible incertidumbre en que estaba, pero por la noche tuvimos una explicación

que provocó ella misma.

Yo. — ¿Ella?

Ricardo. — Si, ella. La conferencia fué extensísima; pero yo te diré en dos palabras que Mariquita era huérfana de padre; que á la muerte de éste los asuntos de la familia fueron de mal en peor, y que la viuda la obligaba á casarse con un señor, ni viejo ni joven, exageradamente rico; que ella no le amaba, y que en cambio le merecí yo tan viva simpatía que .. que no vacilaba en decir como dudaba si era simpatía ó era amor. Desconcertóme mi declaración, pasó por su alma la imagen vagorosa de la felicidad perdida, vió clara, como no la había visto hasta entonces, la idea de toda una existencia de sacrificios y abnegaciones, y temió que el rostro revelase la crisis

La Saeta

aguda. Sin saber explicarse la causa sintió ansia de correr, de huir.

Yo. — Pero, hombre, ¿y no podiais buscar una fórmula...? ¿tanto urgía la cosa?

Ricardo. — Tú sabes que no estoy en disposición de atender á los gastos de una familia. Mariquita y su madre habian llegado al límite del disimulo y de la trampa. La bancarrota era segura y este mismo invierno habrian tenido que arrojarse sin resistencia posible en brazos de la miseria. El otro apretaba, hábilmente sugestionado por la viuda y... á estas horas Mariquita debe de haberse casado.

(Pausa melancólica.)

Yo. — Pues nada, hijo; te aconsejo que lo tomes filosóficamente: después de todo, ese es enamoramiento casi, casi de colegial, y fácil ha de serte cicatrizar la herida.

Ricardo. — Nunca. Tú no la conoces, no la has visto, como yo, tan bella, tan noble, tan...



Yo. — Tan... Eso lo dicen cuantos se enamoran.

Ricardo. — Y no lo entiende nadie más que el que ama como yo. Pero mira, te aseguro que soy razonable, y aunque tengo por inútil cuanto haga, hoy mismo me voy al pueblo, á buscar en las ternuras de los míos, en el apartamiento de la naturaleza, una sombra de paz.

Yo. — Hombre, se me ocurre una idea ¿quieres que te acompañe algunos días? Siempre ayudaré á distraer el ánimo, quizás mejor que los tuyos.

Ricardo. — Acepto con mil amores.

 Aquella misma tarde salimos para Muns, pintoresco pueblo de la costa. No llega el ferrocarril hasta aquel sitio y fué necesario que en una de las estaciones próximas á la capital, aguardásemos la diligencia que cruza desde X... á B..., pasando por el lugarejo en cuestión.

Al entrar en el coche, sentí una emoción, que no por lo rápida fué menos extensa. Ricardo tuvo que apoyarse en mis hombros para no dar de bruces. Observé que al mismo tiempo se movía en su asiento una simpática joven, como si sintiera alfilerazos en la carne. Apartó la vista y se llevó el pañuelo á la boca.

— Ella, — dije al oído á Ricardo, ayudándole á sentarse.

No contestó, pero me estrechó fuerte y expresivamente la mano.

—
 ... Y la diligencia corría por un camino montañoso y quebradísimo, interrumpiendo el sueño que casi todos los pasajeros descabezaban. Mudos Ricardo y yo, entreteníame en contemplar á Mariquita, de cuya tez no había desaparecido aún el rojo más vivo, hermozeando aquel semblante tan lindo. Bien se veía que era toda una mujer, por la gallardía de su busto y por la incomparable expresión de su rostro, que animaban unos ojos transparentes, cristal puro, grandes y rasgados, negrísimo. Latía el corazón con fuerza y levantaba la sangre el prominente seno, como si llegaran á la superficie las alborotadas olas de su sér en movimientos suaves, armónicos. A su lado dormitaba un caballero de treinta y siete ó treinta y ocho años. Sonrei irónicamente, pensando que

aquel viaje, sino el de novios, era uno de los primeros de la luna de miel.

— Pobre niña — dijo mi pensamiento.

En esto estábamos, cuando una terrible y estrepitosa sacudida nos echó á todos del asiento, amontonándonos unos sobre otros. Oyéronse gritos, ayes y blasfemias. El coche acababa de volcar.

Pasada la confusión del primer instante, dueños los hombres de su temperamento y de sus energías, salvamos de la mejor manera posible el peligro.

Y entonces fué la gorda; el único herido era mi pobre Ricardo; de su frente manaba un hilo de sangre, que había ensuciado su cara cadavérica. El golpe, ayudando á la emoción que embargaba su espíritu, le hizo



La pavana.

perder el conocimiento. Mariquita, con impudor sublime, sin conciencia de sus actos, tenía su cabeza en las rodillas, postrada ella en el suelo y le restañaba solícitamente la herida. Entre tanto el cochero ayudado de los hombres, ponía en pie de marcha su vehículo.

— Vamos, señores, — gritó por fin.

— Vamos, — repitió el marido de Mariquita.

— Este hombre no vuelve en sí y no puede ponerse en marcha — dijo ella.

— Pues que se quede, — exclamó jurando el cochero, — yo llevo el correo, tengo mis horas en el itinerario y no es posible que me retrase.

Propuse que se marcharan todos, pues como yo no quería entrar en Muns sin que mi amigo anduviese por su pie, me conformaba con transportarle á la primer casa de campo.

— Vamos, — repitió el caballero de antes, dirigiéndose á su esposa violentamente.

Mariquita, que no había deshecho su postura aún, y en silencio, como imagen de la humanidad herida, fijó la noble mirada en su acompañante. No sé lo que pasaría en el alma de éste; sé que todo el amor sacrificado, inmenso, indescriptible, dió vida á los ojos de aquella mujer hermosa; y sé también que el esposo abandonó con desprecio el brazo que oprimía, y que saltando al estribo del coche, donde estaban acomodados todos los pasajeros, gritó fuertemente:

— Vamos.

Restalló la fusta, sonaron las campanillas, partió la diligencia, y allí en la inmensidad de los campos, en el seno de la naturaleza, quedamos en grupo incopiable, ella postrada siempre, sosteniendo la cabeza adorable y oprimiendo fuertemente la herida de Ricardo, y yo con los brazos cruzados, de pie y con los ojos húmedos...

ANTONIO SALES BAYES

MISCELANEA

AVISO IMPORTANTE

Las tapas correspondientes á los tomos de LA SAETA, forman una cubierta elegantísima.

Advertimos á todos los coleccionistas, que resulta así un libro hermoso que puede figurar, no sólo en las bibliotecas, sino sobre las mesas de las salas.

Las tapas, para las cuales hemos hecho grabar unas planchas expreso, están tiradas en negro y oro. El dibujo alegórico es de gusto inmejorable.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cts. Provincias, 3 ptas.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico.

Una joven andaluza remitió á una amiga suya la víspera de su boda la siguiente reseña taumática de los novios que había tenido:

1.º Pelechón, tontuelo, claro; tomó ocho cartas de mi mano, matando un napoleón en flores de primer entusiasmo; recibió tres pares de banderillas en plantones, y lo mató mi mamá de una buena preguntándole.

2.º Peine, marrajo obscuro, con intención; tomó varios puyazos con flema; no aguantó banderillas, y no mereciendo perros, lo acabé con un desengaño á volapié.

3.º Garboso, colorado, robusto; tomó esperanza para regalar, hiriéndome la voluntad y las pri-

meras dudas: sufrió dos pares de banderillas de mi tía, y lo rematé de dos desaires, despachándole desde mi balcón á media luna.

4.º Colegial, vivaracho, exigente; llevó frescas sin cortarse, hiriéndome la última con su respuesta; despidió algunas banderillas, y lo despachó mi papá con tres muy bajas, espantándole.

5.º Militar, boyante, bravo; sufrió seis quejas con valentía, llevó banderillas de celos, y lo mató su rival á media vuelta, aguantándolo.

6.º Viudo, bonachón, deshecho; tomó dos preguntas de mamá, tres indirectas de mi tía, y lo rematé de una buena por todo lo alto... casándome.

Á CÉLI...

Porque nada te digo
cuando nos vemos,
dudas, niña querida,
si yo te quiero.
¡Prenda del alma!
Lo que mis ojos dicen
la boca calla.

—Las generaciones pierden...
—Según; también ganan.
—Quiá, hombre; no me negarás que tú tienes menos talento que tus abuelos.
—En cambio, tú eres más bruto que todos tus antepasados...

Apenas salió de casa del enfermo cierto doctor muy acreditado, cuando aquél se puso peor. Y tan peor se puso, que se decidió sin duda á arreglar por sí mismo sus negocios en el otro mundo.

La familia procedió en seguida á ponerlo de cuerpo presente, y como el doctor no volvió hasta el otro día, se iban ya á hacer las exequias y á llevarlo á la iglesia.

El doctor notó algo, se figuró que salían luces por el balcón, y antes de subir preguntó al portero:

—Diga usted, el vecino del segundo...
—No se incomode usted en subir, respondió el portero, porque él va á bajar.

Sumido en copioso llanto
me despedí de Consuelo,
y ella tan sólo me dijo:
—Si te he visto, no me acuerdo...



—Que bien canta la Luque. ¿No te parece?
—Hombre, es una de tantas.
—Canta con mucho sentimiento.
—¿Y cuántas hay, que cuando cantan un número, logran que el público lo sienta?



CHARADAS

I

La *primera* es una letra
y la *segunda* también,
también letra es la *tercera*,
la *cuarta*, también lo es.
No tarde usted en acertarla;
para terminar diré,
que el *todo* de la charada
es seguro que hace usted.

K. MARÁ.

II

Si *prima dos tres* la *dos* y *primera*,
de fijo resulta *dos* y *tercera*.

LUIS LÓPEZ DE LOME.



Rombo

```

      *
     * * *
    * * * * *
     * * *
      *
    
```

Substitúyense las estrellas por letras, de modo que léidas horizontal y verticalmente resulten los siguientes nombres: 1.º vocal, 2.º composición poética, 3.º nombre de mujer, 4.º en las aves y 5.º vocal.

GUILLERMO DOMINGO.



Cruz

```

      .
     . .
    . . . . .
     . . . . .
      . .
     .
    
```

Substituir los puntos por letras, de modo que vertical y horizontalmente se lean dos nombres de mujer.

I. TESNOP.



Adivinanza

La primera está en la cuarta;
la segunda, en la tercera,
y en el mío, está el final
de mi nombre, ¿no lo aciertas?

A. VALLÉS.



Jeroglífico Comprimido

VI TA VI

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Caramelo. — Filomena. — Marbella.

CUADRADO: CENAR
ERATO
NARIZ
ATIZA
ROZAR

ROMBO LOGOGRIFO:

```

      L
     R I A
    L I B R A
     A R A
      A
    
```

TRIPLE CRUZ:

```

      L A P
     A B L
    L A S A E T A
   A B A N I C O
  P L E I T O S
   T C O
    A O S
    
```

CHARADA ACRÓSTICA: Parlamento.

Correspondencia

A. V. — Solo utilizaré la adivinanza.

J. F. M. — París. — No es triste, ni malo: está muy bien y se lo publicaré contando con que es inédito y enteramente original.

Archipámpano. — Ahí va como usted quiere: «una hebra de sol caliente caía sobre mi frente haciéndome pensar que es dulce la vida cuando la calienta el sol». ¿Era en invierno? Porque de ahí se deduce que usted se calentaba al sol, como se calientan los pájaros, los haraganes y los filósofos despreocupados.

H. de O. — Bueno, me parece bien, pero no sé por qué juraría que yo he leído eso antes de que á usted se le ocurriera escribirlo.

Guasón. — ¡Claro, guasón!

J. D. P. — No puedo complacerle, no tengo chichoneras que le sirvan.

L. G. — Ya hemos quedado, señor, hace mucho tiempo en que los sonetos tienen catorce versos, es así que lo que usted manda no se compone de dos cuartetos y dos tercetos y las sílabas están en plena revolución, luego no es soneto. Deshágame usted esa lógica.

Rico. — Se me figura que con un poco de cuidado haría usted algo de provecho. Limpie usted los octosílabos de asonantes inútiles y no abuse de las sinalefas.

J. M. V. — A otro perro con ese hueso.

Aldeano. — Bien se conoce que acaba usted de llegar de sus montañas; por el mucho verde que luce en su composición.

T. F. — Hombre, bueno, mande V. y veré de darle esos consejos que pide.

Ugeta. — Ha llegado V. tarde, amigo.

F. R. de F. — Efectivamente, se ha traspapelado la contestación. Perdone y aguarde el próximo en que se le repitirá. Ahora imposible. Y gracias por su cortesía.

O. M. N. — No sirve. — N. Y. Z. — Tampoco. — L. C. de T. — En el mismo caso está. — *Ramino.* — Sigue la lista. — D. V. U. — Por no ser menos... — A. G. — Incomprensible.

Se irán contestando las siguientes cartas, y mucho me temo que por sistema telegráfico, tantas son las que se amontonan y tanto cuidado pongo en que no se quede nadie sin el correspondiente y detenido examen.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**.

LA SAETA



20 cénts.

Núm. 414

